

# MARCO ANTONIO MONTES DE OCA

## DESDOBLAMIENTO

*A Gregorio Ortega*

A medianoche mi palacio flota, argamasa con patios de nubes y cielorraso de cielo puro. Más tarde el alba cruza a nado un río de cuerpos humanos que toma rumbo cintilante mientras el párpado se hace esfera y la visión semilla a buen recaudo, futuro blindado por materiales secretos. Podan los pájaros al horizonte, lo mantienen a raya con su tijereteo perpetuo. De no ser así ya estaría aquí el más allá limpiando la ventana con serpientes grises, arrancándole la cabeza a cada sueño y sus arsenales de rocío a la infancia enlutada. Y ahora lo principal: con calma, ya que la poesía es calma centelleante, convoco los anhelos oscuros de otro tiempo. Me salgo de mí mismo para cubrir mi cuerpo con un manto de sosiego. Dicho de otro modo: me espanto de la cara moscas y meteoros y vigilo para que yo mismo no me vaya a despertar. ¡Oh que algunos hombres tuvieran piedad de sí mismos y que los demás, con la frente sumergida en el ocaso, bucearan en pos de esa felicidad que borra eternamente a nuestras horas contadas! En fin: yo nada puedo, a duras penas evoco relámpagos que sepan dividirse en anguilas bajo el agua. Con dificultad ordeno en voz alta mis delirios. No obstante, con lanza y con escudo, sentado a mi propia diestra, vigilo para que nadie me despierte.

### **Ala de libélula**

Los dientes del aire desfiguran mis huesos y también a la brasa que tu doble ala enardece, libélula de pergamino transparente, lívida hojarasca que nunca será polvo en mi puño crispado. Amo tu cristal sin peso, espuma devanada que acrece lo entrevisto cuando flamea la enamada a semejanza de una capa sustraída al empuje de un toro sañudo. Ala de libélula. ¡Sensible vidrio nervado! Interregno cuyos plenos poderes transforman un albatros en ancla de sal. El medio a veces es más fin que el fin. Y no hablo de alta moral sino de cierta aparición que persigue al dios Murciélagos

que sorbe su henchido esplendor y confisca su lenguaje tantas veces enredado en las antenas de la luna. Libélula: sólo tú y yo quemamos perfume invisible, redondos latidos como ánforas de eternidad, en este jardín que sería otro sin nosotros dos.

### **Ofrendas para una incrédula**

Te he amado en la capilla de mi pecho. ¿Testigos? No los tengo a mano, pero algo te podrá decir el olmo que se contorsiona en vano para quitarse la camisa de su sombra. El sol, espía acostado en su diván de nubes, medirá el tiempo que gastas inclinada sobre el telar, como toda buena costurera, sin que te decidas a romper con los dientes el hilo de las parcas. Y fuera también testigo, la centella que hojea con su dedo páginas de roca viva e imprime su crispada quemadura en el colofón de la noche. Si eres sorda de nacimiento, lee mis juramentos en los labios del viento mientras caminas bajo la eterna arquería de cohetes y el largo diluvio de oro nupcial. No esquives más el embrujado regusto que exhalan mis regalos. Mira el canto de mi constelación, las cabezas de obispo que ayer te llevé en mi tilma santificada por el musgo de la gruta en que ha florecido mi demencia acuciosa. Tarde o temprano te gustarán mis ofrendas. Con el tiempo y un pequeño gancho voy a extraer corazones humeantes sin necesidad de partir el noble pecho de las víctimas. Te traigo respiración de tierra a tierra, agua dulce del fondo del mar, mis obras que son hijas de la buena fe y no sólo sangrientas bufonadas. Acéptalas. Después de todo soy tu único amigo, tu hermano en la pena de haber nacido en la era idiota del progreso.

### **El traje gris**

Miro tu manga vacía: falta la pluma, falta la mano. Careces de antebrazo y por esa hoquedad accedo al pecho, cortina mojada en un poco de silencio. No hay nada salvo tu condición de traje que cruza la pierna o

fuma sin parar: traje oscuro que al fin abandonas la percha enemiga. ¿Cuántos planetas podrías invadir, con las valencianas rebosantes de grillos, sin que te diera el "quién vive" la ronca voz de un centinela? Ahora piensas en el sastré. No le importaban tus entretelas en carne viva, ni la impaciencia con que esperabas tu piel de casimir cuando prendía tus hombreras con lentos alfileres. El día de la prueba final te concluyeron de memoria porque el cuerpo deparado no compareció. De ahora en adelante deberás asumir el papel de los seres ausentes, permitirte incluso cosas tan absurdas como lucir con elegancia un poco de yerba donde los desaparecidos usaban el pañuelo. Al mal tiempo buena cara: alimenta con flores el ojal de tu solapa. Sonríe en este valle sin cuerpos que, de existir, sólo te llenarían de grasa y de sudor. Aquí lo peor es la niebla marchita que devora edades y sombreros y monóculos. ¿No ves cómo desaparecen en ella cuellos almidonados, bastones, abanicos, polainas, sargas de entrañables objetos atados al cordel corredizo del olvido? Nacer, abrir los ojos, soñar en que alguien te estrena cuando casi en la cuna también estrenas tu mayoría de edad y un infierno a la fuerza tibio: no sería eterno si te quemara la tela. En todo caso, resígnate. Imita a la noche. La noche que no se eriza cuando el viento repasa su lomo con escoba inmemorial. Tu infierno privado es recordar lo que nunca vas a conocer.

#### Maga vertiginosa

La velocidad impide que las ramas del relámpago engendren frutos. También tú necesitas tiempo, jugosa parsimonia para alzarte con la cabellera del maizal entre esas manos capaces de ahuecar madera mientras un manto de huellas se levanta, nación en vilo agitándose como bufanda de sombra hasta asfixiar al campanario.

Maga maldita: cubres con el mismo tapón mi calavera de cicllope y la botella que transformada en manantial cubre la mesa con una carpeta de verdoros instantáneos. Maldita maga que no haces caso. ¿No puedes ser tú misma? ¿No te parece suficiente ser

nada más mujer, cabellera sumergida en miocenos súbitos donde un hombre penetra como si le fuera dado aligerar la tierra y rescatarte, nadar bajo el páramo en nubes de chispas que derogan al infierno con la visita de una alegría desconocida? Hazme caso y quédate quieta, varada en los golfos del éxtasis, sentada al pie de esta colina donde espero confiscar tus manos, rehenes a corto plazo, mariposas en el pelo del día.

#### Locura y lucidez

En el museo de los adioses el visitante que se despide no se va. En cambio, estatuas derretidas forman arroyos tornasoles en el jardín contiguo. Las paredes se mudan en humo mientras los clavos, al fin libres, apuñalan a sus cuadros. Al cabo de meses las estatuas, ya en estado sólido, podrán a su vez admirar a cientos de visitantes crucificados en grandes telarañas azules. Nada les parecerá más hermoso que la sala de visitantes móviles. Ahí sobresale, pieza incalculable, un niño que se persigna. Ajeno a consabidas simetrías repite varias veces la señal de la cruz sobre una sola mejilla. Hace lo mismo sobre su pelo. Traza de nuevo el mismo signo entre la oreja y el nacimiento del cuello. Se diría que está loco. Pero ¿cuál es la importancia de estar cuerdo en esta selva artificiosa donde el absurdo impone su reino con tanta vehemencia? Más importante sería que el niño, por méritos de buena conducta, obtuviera como premio una visita a la realidad. Así miraría otra vez la yerba encanecida de golpe cuando sale la luna. Las casas, el pueblo entero, también habrían envejecido. El trompo que se dormía sobre la palma de la mano, yacerá encharcado junto a trebejos macilentos. En alguna esquina inexplicables mujeres temblarán adosadas a los postes como guías de entrada. Y cuando ese niño reconozca su antigua casa y medio muerto de sed se quede mirando una jarra de agua fresca, tal vez no comprenda para qué sirve esa jarra ni en cuanto podría aliviarlo el agua fresca. Ya de vuelta al museo, después de un recreo tan merecido, comprenderé menos todavía la falsa diferencia impuesta entre locura y lucidez.